

Mi buen amigo, el doctor Arthur Hensen, embalsamó con sus propias manos el cadáver de su joven esposa porque no se sentía capaz de soportar la soledad, necesitaba conservarla junto a él para combatir la desgracia de haberla perdido. Al principio, que Elena continuara de cuerpo presente en la casa me parecía una decisión repulsiva e indecente, aunque mi percepción fue cambiando. Tras despojarme de anticuados prejuicios y aceptar la visión científica que él me fue inculcando, ahora considero que enterrar a los que amamos es desolador, que mantenerlos a nuestro lado supone un gran consuelo y nos permite recordarlos como si aún estuvieran aquí.

Nada me hace más feliz que pasar las tardes sentada frente a Elena; sus ojos tienen el brillo de la luz de la luna y siento que su alma, allá donde quiera que esté, me escucha. Me resulta mucho más bella que cuando estaba viva. A su lado recorro el camino de mi memoria y evoco alguna de nuestras tardes juntas... abrazadas con ternura, sin nada más que hacer que contemplar el crepúsculo en plena sinfonía de colores, imaginando que el mar se convertía en oro líquido ante nuestros ojos. Hay momentos en los que solo añoro su voz, debe de ser el motivo por el que en ocasiones cuando viene a visitarme en sueños, se acurruca en mi regazo y me susurra lo mucho que me necesita.

A veces creo que Fisterra limita con el Más Allá, que detrás de las inmensas puestas de sol solo existe una legión de tinieblas donde a malas penas puede abrirse camino nuestro imponente faro. Este es un lugar pequeño y apartado al que no llegan muchas novedades, y cuando lo hacen a través del puerto o los carros de mulas, ya han dejado de serlo. Aquí vivimos anclados en el pasado, sin que parezca que nos encontramos en pleno siglo XIX, por eso, un avance tan revolucionario como la embalsamación, fue recibido en la comarca con el recelo con el que se acoge a un extraño que llama a tu puerta una noche de tormenta. Además, la noticia de que el doctor se negó a enterrar a su mujer, desempolvó entre gentes de bien a la par que ignorantes, una plaga de arcaicas supersticiones que la mayoría dábamos por olvidadas. Por supuesto, amigos y conocidos de los Hensen tampoco aceptaron que ella permaneciera entre nosotros tan tierna como en el instante en el que exhaló por última vez.

Tras su tajante decisión, la excelente fama de la que goza Arthur como médico y cirujano dentro de nuestras fronteras no le ha servido de nada: ni un solo paciente ha regresado a su consulta para ponerse en sus manos y los hospitales han rechazado contar con sus servicios. No le queda más que mi lealtad y mi amistad. Solo yo he comprendido el legado que supone embalsamar cadáveres y convivir entre ellos. Junto a él he aprendido que generaciones futuras podrán contemplar a quienes dejaron atrás sin tener que recurrir a la nostalgia y a desempolvar viejos retratos. Ese es el motivo por el que antes de dormir me digo que yo, Emma Soler, soy afortunada al ser testigo de un capítulo que pasará a la Historia, que será también entonces cuando se haga justicia.

Una mala cosecha, un niño muerto hallado en un camino, un desconocido ahogado en una playa, una granja

con sus hórreos devastada por las llamas... No hay tragedia de la que los demás no traten de acusarlo envueltas en leyendas sin fundamento.

Tanto él como yo fingimos que nada de eso sucede, tratamos de seguir adelante en este pueblo rodeado de acantilados, peregrinos que se dirigen a Santiago, campesinos y pescadores. Lo cierto es que aquí pocas veces reina la felicidad, que los crudos inviernos y los naufragios se encadenan como la noche y el día.

Si de algo estoy segura es de que esas patrañas ensombrecen una gran labor científica. En todo caso, él es culpable de crear una sustancia que permite conservar un cadáver en inmejorable estado sin necesidad de extraerle las vísceras y que, en ocasiones, ha realizado pruebas en difuntos para comprobar los resultados, como habría hecho en su lugar cualquier otro experto. La composición exacta del líquido es un secreto. Por la amistad que nos une, me ha explicado que contiene una alta dosis de cloruro de aluminio y que se inyecta en el torrente sanguíneo. También me ha confiado que aristócratas y personajes ilustres han requerido en secreto sus servicios como embalsamador, para ser exhibidos en público cuando dejen este mundo.

Mi adorada amiga falleció de forma repentina en 1855, hace unos cinco años. Sin más, una mañana no despertó. Del suceso tuvimos noticia gracias al ama de llaves, la señora Ramírez, quien encargó a uno de los sirvientes que nos entregara un mensaje en el que nos pedía que nos presentáramos en el pazo con urgencia. Acudimos a la cita unas veinte personas de buena posición de Fisterra, A Coruña y de pueblos de alrededor, sin sospechar que nuestro viudo rondaba por las estancias enloquecido y ciego de ira. Hasta ese día, yo había estado muy unida a ambos y no podía fallarle a ninguno de los dos. Una vez allí reunidos, él, con la mirada ausente, nos anunció que no iba a hacer con

su mujer algo tan absurdo como amortajarla. Por supuesto, no dimos crédito a sus palabras, pronunciadas bajo los efectos de la rabia y el dolor, hasta que nos dimos cuenta con el repicar de las campanas y el paso de las horas de que se iban a convertir en realidad. Ciertos detalles desataron las habladurías durante las madrugadas de duelo, como que nos resultaba extraño que él no nos permitiera acercarnos a ella para darle el último adiós. Además, tuve que soportar presa de impotencia, comentarios de aquellos que creían leer en su insólito comportamiento la autoría de un crimen.

Aquel brote de demencia de Arthur duró varias noches con sus días que se me hicieron interminables. Algunos nos alojamos en la gran mansión para acompañar al doctor, a la espera de que entrara en razón. Otros se marcharon sin más y lo tacharon de un soplo de sus vidas. Aun así, la mayoría aceptamos que se trataba de una reacción lógica a causa de la desesperación.

La primera noche recorrió los pasillos clamando piedad y destrozando cualquier objeto que encontraba a su paso. No dudé en pedirle a la institutriz que se marchara del pazo con la pequeña Alicia, la hija de la fallecida y el doctor, con el fin de evitarle a la niña que se contagiara de aquel terror. Ambas se trasladaron a mi casa de A Coruña a la espera de que retornara la calma.

Al filo del alba, nos sorprendió encerrándose con el cuerpo sin vida en el sótano donde tiene instalado su laboratorio, unas viejas y frías mazmorras a las que solo él tiene acceso, incluso custodia con celo la única llave que abre la vetusta puerta. Era una hora intempestiva, pero hubo quien dejó la casa a lomos de los caballos, sin esperar a que los criados los ataran a los carruajes. Muy pronto siguieron esos mismos pasos los primeros sirvientes. Al final, fuimos muy pocos los que nos quedamos allí, resistiendo el peso de la incertidumbre.

En el ocaso del tercer día escuchamos el ruido de la llave girando en la cerradura de la puerta del sótano. Después, fueron sus pasos lentos y seguros los que oímos acercarse a la biblioteca. Quedábamos menos de diez personas reunidas en torno al velador las que con urgencia dejamos nuestros asientos para acercarnos a él a darle consuelo. Muy por el contrario, la escena que vivimos nos causó una honda impresión: Arthur entró con Elena en los brazos. Desaliñado y pálido como la propia muerte nos miró con altivez y pronunció una sola frase: «No me abandonará jamás». Dando por hecho que su sinrazón aumentaba, nadie de los presentes lo contradecimos, nos limitamos a echarnos las manos a la cabeza. Él se comportó como si no estuviéramos allí, sin dilación sentó el cadáver en un sillón y descubrimos con asombro que la espalda y el cuello permanecían rígidos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al encontrarme con los ojos abiertos de mi amiga, con la vida detenida en sus pupilas, contemplando un inmenso vacío en el que yo me reflejaba. Su marido no me dejó tocarla. Como si se tratara de una niña, se recreó en arreglarle con esmero el camisón, el cabello enredado y en posarle con delicadeza las manos sobre los brazos del sillón. El pánico me congeló por el hecho de que ella tenía rubor en las mejillas y su piel había cobrado el aspecto brillante de la porcelana.

Anocheceía, el sol se ahogaba en el mar mientras una ventisca helada azotaba los cristales con una fuerza estremecedora y nadie se atrevía a romper el silencio. Permanecimos inmóviles, hasta que el doctor dejó de prestar atención a su mujer y comenzó a observarnos a nosotros con una sonrisa cómplice. «Os presento a mi esposa en su nuevo estado», dijo con serenidad mientras los demás dábamos un paso atrás, al no saber cómo encajar aquella imagen. Confieso que tuve la sensación de ser la especta-